

optimista y benévolo en la forma, y en el fondo pesimista de los más ágrios, epicúreo en la corteza, y desalentado y corrosivo cuando se penetra más allá, y cuando se siente el dejo anti-providencialista y burlador de la vida del espíritu: único residuo de esa poesía enervadora, tan falsamente ingénua y tan afectadamente incorrecta, y en realidad tan discreta y calculada. También ha escrito Campoamor libros de filosofía, *El Personalismo*, *Lo Absoluto*, pero su filosofía es humorismo puro, en que centellean algunas intuiciones felices, que demuestran que el espíritu del autor tenía alas para volar á las regiones ontológicas, si se hubiera sometido antes á la gimnasia dialéctica. De estos libros no puede decirse que sean filosofía ortodoxa ni heterodoxa, sino filosofía *sui generis*, filosofía del Sr. Campoamor, en que cada uno hallará lo que le agrade, seguro de divertirse más que leyendo á Kant ó á Hegel. De todas suertes, contienen proposiciones incompatibles con el dogma católico, v. gr., que *Dios, por ser infinito, produce infinitamente infinitos mundos*.

En el teatro impera cierto vandalismo romántico y efectista con pretensiones de trascendental, arte tumultuoso, convulsivo y epiléptico, reñido con toda serenidad y pureza. Hablo de los dramas de don José Echegaray, entendimiento grande y robusto, pero no dramático. Tan mal me parecen bajo el aspecto literario, tan llenos de falsedad intrínseca y repugnante, tan desbaratadamente escritos, tan pedregosamente versificados, tan henchidos de lirismo culterano, y finalmente, tan negros y tan lóbregos, que nunca me he empeñado en averiguar cuál es su doctrina *esotérica*, ni el fin á que se endereza su autor, ni me ha preocupado el modo como plantea y resuelve (al decir de sus admiradores) *los grandes problemas sociales*. Lo único que yo veo en ese teatro son conflictos ilógicos y contra naturaleza, séres que no pertenecen á este mundo y hablan como delirantes; y cerniéndose sobre todo, la fatalidad más impía y más ciegameamente atormentadora de sus víctimas.

No quiero ni debo poner en la sospechosa compañía de los representantes de la literatura heterodoxa á mi dulce Valera, el más culto, el más helénico, el más regocijado y delicioso de nuestros prosistas amenos, y el más *clásico*, ó más bien el único verdaderamente clásico de nuestros poetas. La alegría franca y serena y el plácido contentamiento de la vida, nadie los ha expresado en castellano con tanta audacia, y al mismo tiempo con tanta suavidad y gracia ateniense como Valera. Es uno de los pocos *quos aequus amavit Jupiter*: naturaleza de escritor algo pagana, pero no ciertamente con el paganismo

burdo de Carducci, sino con cierto paganismo refinado y de exquisita naturaleza, donde el amor á lo sensible y plástico, y á las pompas y verdores de la genial primavera, se ilumina con ciertos rayos de misticismo y teosofía, y no excluye el amor á otras hermosuras más altas, bien patente, v. gr., en la hermosa oda de *El Fuego Divino*. No es Valera muy cristiano en el espíritu de sus novelas, una de las cuales, la más bella de todas, aunque pueda interpretarse benignamente (y yo desde luego la interpreto) en el sentido de lección contra las falsas vocaciones y el misticismo contrahecho, á muchos parece un triunfo del naturalismo pecador y pujante sobre la mortificación ascética y el anhelo de lo sobrenatural y celeste¹.

IV.—ARTES MÁGICAS Y ESPIRITISMO.



LÁMASE genéricamente *espiritismo* la doctrina que aspira á la comunicación directa é inmediata con los espíritus buenos ó malos, por medio de ciertas prácticas teúrgicas. Hasta aquí no pasamos de la magia, vulgarísima en todas edades. Pero la originalidad del espiritismo consiste en haberse enlazado con la doctrina de la trasmigración de las almas y con ciertas hipótesis astronómicas, de donde ha venido á resultar una doctrina burdamente filosófica, cuyos cánones son la pluralidad de mundos habitados, la pluralidad de existencias del hombre, la reencarnación de las almas, y la negación de la eternidad de las penas. Hay, pues, en el espiritismo una parte especulativa y una parte teórica, una superstición y una especie de sistema demonológico. No han de confundirse con el espiritismo otros procedimientos sin doctrina (el magnetismo animal, el mesmerismo, el sonambulismo, etc.) que ordinariamente andan mezclados con él, pero que también suelen ejercerse separadamente, sin que arguyan en el operante adhesión completa á la parte metafísica del sistema, así como, por el contrario, al-

¹ De autores menos conocidos y celebrados no es ya posible hablar. Quien desee conocer en todos sus detalles la literatura heterodoxa de estos años últimos, puede lijarse en algunas poesías panteísticas de Alcaid Galiano (D. José) que ha puesto en verso la teoría de los átomos (Vid. *Revista Contemporánea*), en el *Kosmos*, poema del krausista Macías, y en los extrañísimos versos pesimistas, ateos y *helinianos* del poeta catalán Bartrina, coleccionados con título de *Atgo*. (Hay otro volúmen póstumo de *Obras en prosa y verso*). Bartrina tenía verdadero ingenio (mucho más que juicio y gusto) pero versificaba muy mal y escribía incorrectamente lengua.

bre, y comenzaron á formarse círculos secretos de espiritistas, que despues de la revolucion de 1868 se hicieron públicos. Por órden de antigüedad debe figurar, al frente de todas, la *Sociedad Espiritista Española*, de Madrid, fundada por un francés, Alverico Péron, discípulo de Kardec, en 1865, la cual, en 1871, se fundió con la *Sociedad Progreso-Espiritista*, instalando su academia en la calle de Cervantes. Predominó en ella el elemento militar, y especialmente el cuerpo de artillería. Fué presidente honorario el general Bassols, y presidente efectivo el vizconde de Torres Solanot. Sesiones y conferencias públicas, evocaciones de espíritus, desarrollo de *mediums*, todo lo intentaron. El *Criterio espiritista* servía de respiradero periódico á la Sociedad, que además se dedicaba al magnetismo y al sonambulismo lúcido.

Especie de hijuela de esta hermandad fué el *Centro general del Espiritismo en España*, sociedad propagandista y expansiva, bajo cuyos auspicios tomaron grande incremento los cenáculos de provincias, especialmente el de Sevilla, dirigido por el general Primo de Rivera; el de Cádiz, por D. S. Marin; la *Sociedad Alicantina de estudios psicológicos*; la *Sociedad Barcelonesa*; la de Montoro; la de Zaragoza; la de

Anónimo. *Crisálida*, novela original fantástica, escrita con el criterio espiritista. Primera parte. El Gussano. Madrid, 1871.

Varios anónimos de Cuba. *Verdadera doctrina cristiana escrita para los niños*, por J. G. G., G. R. C., H. R. L., F. P. R., con la asistencia de sus espíritus protectores Manuel, Inocencio, Emmanuel (que será sin duda distinto de Manuel) y Pedro. La Habana, 1872.

Sociedad Espiritista de Lérida.

Roma y el Evangelio. Estudios filosófico-religiosos, teórico-prácticos, publicados por el Círculo Cristiano Espiritista de Lérida. Lérida, imp. de José Solé hijo, 1874. X mas 263 págs.

Navarrete (José de). *La fé del siglo XX*. (Sólo se publicó la primera parte: véase sobre ella un artículo de D. Luis Vidart en la *Revista de España*).

Este catálogo fundado (con adiciones de cosecha propia) sobre el que insertó Torres Solanot en los *Preliminares del Espiritismo*, es todavía incompleto. Deben añadirse, entre otros opúsculos que sólo conozco de nombre:

Corchallo. *Historia de ultratumba*.

Almanques del Espiritismo desde 1873. (En uno de ellos se califica á Santo Tomás de Aquino de *medium semit-mecánico y escribiente*).

Losada. *Celeste*, novela fantástica.

Círculo Espiritista de Tarragona. Dios y el hombre.

Aranda y San Juan, traductor de la *Instrucción práctica sobre el magnetismo animal*, de Deleuze.

Círculo Espiritista de Lérida. *Carta al M. I. Sr. D. Niceto Perajo*, canónigo de la catedral de dicha ciudad.

Hurtado (Antonio). *El Wals de Venanzo* (comedia).

Afonso Gaiña (D.ª Manuela). *Léida ó pruebas de un espíritu*.—Lazos invisibles. (Son dos novelas).

Manero (D. Enrique). *Noce te ipsum*. Apuntes y estudios sobre el hombre.—Ramo de toda, y *El Coracero de Proessiller*. (Son dos novelas).

Oscariz y Laasa (D. Víctor). *El universo espiritista*. Santander, 1875. Con un cuadro sinóptico anejo.

Tengo noticia de los siguientes periódicos de la secta: *El Espiritismo* (de Sevilla), *El Criterio Espiritista* (de Madrid), *La Revista Espiritista* (de Barcelona), *La Revelación* (de Alicante), *La*

Cartagena (director el general Caballero de Rodas); la de Almería; la de Soria (director D. Anastasio García Lopez); la de Santa Cruz de Tenerife (de la cual fué alma el difunto marqués de la Florida); la de Peñaranda de Bracamonte, y otras y otras hasta el número de 35, algunas en pueblos de corto vecindario y ménos nombrada, como Alcolea del Pinar (diócesis de Sigüenza); Alanís (provincia de Sevilla); Almazan, Almansa, Alcarraz, Puebla de Montalban, Quintanar de la Sierra, etc., etc. Aún existen otras más, pero han quedado fuera de la órbita del Centro madrileño, gobernándose cantonalmente y en una independencia cuasi-selvática. La *Sociedad Barcelonesa propagadora del Espiritismo* se ha mostrado más anhelosa de la publicidad que ninguna otra, estampando, bajo la direccion de D. José María Fernandez Colavida, traducciones de todas las obras de Allan-Kardec.

Los artilleros, los albéitares ó *médicos comparativos* y los maestros de escuela normal, han sido en España los grandes puntales de esta escuela. Nada más monumental en el género grotesco y de filosofías para reir, que el libro *Roma y el Evangelio*, dictado por los espíritus á D. Domingo de Miquel, á D. José Amigó y á otros maestros de

Fraternidad (de Mércida), *El Buen Sentido* (de Lérida), *La Luz de Ultra-tumba* (de la Habana), *La Revista Espiritista* (del Uruguay), *La Ilustración Espiritista* (de Méjico), *La Luz de Méjico*, *El Espiritista* (del Perú), *O Echo D'atem-lomba* (del Brasil), *El Espiritista* (de Santiago de Chile), *La Revelación y La Constancia* (de Buenos-Aires).

Como impugnationes del Espiritismo recuerdo (además de las traducciones del libro del Padre Curci, y de otros):

Lo que es el Espiritismo. Cartas al Sr. Vizconde de Torres Solanot, presidente de una sociedad espiritista, por D. Miguel Sanchez, Presbítero. Madrid, imp. de La Riva, 1873. 8.º, 115 págs.

Spiritismus a se ipso confutatus, auctore D. D. Michael Sanchez, Presbytero. Edidit tertia. Romae, ex-hypographia Polyglotta, 1879. 8.º, 63 págs. (Viene á ser traducción de la obra anterior).

El Misterio de iniquidad ó conjuración satánico-humana contra Jesucristo, su principio y elaboración en siglos anteriores, su desarrollo y complemento por la revolución protestante filosófico-espiritista, y su pavorosa terminación por el Anticristo y sus hordas ya formadas, por un Misionero Franciscano (el Padre Arribas).

Carta Pastoral del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Cuba, al clero y pueblo de esta archidiócesis sobre el Espiritismo. Santiago de Cuba, imp. de La Bandera Española, 1881. 4.º, 30 págs.

Cuatro palabras á «El Criterio Espiritista», órgano oficial de la Sociedad Espiritista Española, contra su (?) refutación de una Pastoral del... Arzobispo de Santiago de Cuba, por el Dr. D. Pedro Garriga y Maril, provisor y vicario general de la misma archidiócesis. Santiago de Cuba, 1881. 4.º, 44 págs.

Perujo (D. Niceto Alonso, actualmente Doctoral de Valencia). *La pluralidad de mundos habitados, ante la fé católica. La fé católica y el espiritismo*. Narraciones de lo infinito, *El Sentido común* (revista que empezó á publicar en 1875, destinada únicamente á combatir al espiritismo).

Alvarez y Benito (D. Buenaventura). *El misterio satánico. Pensamientos religioso-filosóficos sobre las causas, fenómenos, resultados y reprobación del espiritismo*.

Como opúsculo histórico-espiritista, añádase:

Aldrete y los espiritistas españoles del siglo XVII, por Niram Allud. Santiago, 1877. 4.º, 39 páginas.

Lérida, é impreso por el *Círculo Cristiano Espiritista* de aquella ciudad. En otra parte que no fuera España, tal libro hubiera llevado á sus autores derechamente á un manicomio, juzgándolos con mucha benignidad. Pero nuestro Consejo de Instrucción Pública lo juzgó sapientísimamente de otra manera, y los dejó continuar en la enseñanza, trasladándolos á otra Escuela Normal, sin duda para que pudiesen extender el radio de sus conquistas. El libro es un tejido de groseras impiedades, con grande aparato de reforma religiosa y restauracion del primitivo espíritu cristiano, pero lo original y curioso está en que todas las diatribas contra los curas se las hacen firmar muy gravemente los *dómines* espiritistas ilerdenses á *Lúculo* (*Luculus* le llaman á la francesa), á Fenelon, á Eulogio (*nescio quis*), á San Luis Gonzaga, á San Pablo, á Moisés, á Santo Tomás de Aquino, y finalmente, á la bienaventurada Virgen María y al niño Jesús, todos los cuales, en versículos lapidarios, parodiando el estilo bíblico, condenan la eternidad de las penas, afirman la pluralidad de mundos, se rien de las llamas del infierno, increpan á los cardenales por su fausto, atacan el dogma de la infalibilidad pontificia, niegan la existencia del diablo y anuncian *el próximo fin de la Iglesia pequeña de Roma y el principio de la Iglesia universal de Jesús*. ¡Pobres pedagogos que soñaron ser regeneradores de un mundo! ¡Cuánto mejor les estaria perfeccionarse en la letra cursiva y en el método Iturzaeta! ¡Qué semillero de D. Hermógenes han sido aquí las dichosas escuelas normales, nacidas por torpísima imitación francesa!

Ni es *Roma y el Evangelio* la única muestra de libros inspirados: los hay tan peregrinos como un tratado de política, dictado á los espiritistas de Zaragoza por el espíritu de Guillermo Pitt. El *medium* gallego, Suarez Artazu, escribe novelas bajo la inspiracion de los espíritus *Marietta* y *Estrella*, que mueven el lapicero del *medium* con vertiginosa rapidez. Sociedad espiritista hay (creo que es la de Huesca), que tiene su reglamento redactado nada ménos que por el espíritu de Miguel de Cervantes Saavedra, que sin duda se ha dejado olvidada por aquellos mundos la lengua castellana.

No lo creerán los venideros, pero bueno es dejar registrado que esta aberracion de cerebros enfermos ha cundido en España mucho más que ninguna secta herética, y cuenta más afiliados que todas las variedades del protestantismo juntas, y que todos los sistemas de filosofía racionalista. Aquí donde todo vive artificialmente, y nunca traspasa un círculo estrechísimo, el Espiritismo, padron de ignoran-

cia y de barbárie, verdadera secta de monomaniáticos y alucinados, afrenta de la civilizacion en que se alberga, parodia inepta de la filosofía y de la ciencia, logra vida propia, y organizacion robusta, encuentra recursos para levantar escuelas y templos, cuenta sus sociedades por docenas y sus adeptos por millares, manda diputados al Congreso, propone el establecimiento de cátedras oficiales, inspira dramas como el *Wals de Venzano*, del infeliz y gallardísimo poeta Antonio Hurtado, congrega en torno de las mesas giratorias á muy sesudos ministros del Tribunal de Cuentas, y á generales y ministros de la Guerra, y hace sudar los tórculos con una muchedumbre de libros, cuyo catálogo (todavía muy incompleto) puede verse al pié de estas páginas. ¡Triste é irrefragable documento de nuestro misero estado intelectual! ¡Cuán fácilmente arraiga el Espiritismo y cualquiera otra supersticion del mismo órden (vergüenza del entendimiento humano) en pueblos de viva fantasia é instintos noveleros como el nuestro, rezagados á la par en toda sana y austera disciplina del espíritu! ¡Y cómo apena el ánimo considerar que no todos esos ilusos han sido veterinarios ni maestros normales, sino que entre ellos han figurado, sin sospecha de extravio mental, poetas como Hurtado, el fácil y vigoroso narrador de las leyendas del antiguo Madrid, y prosistas tan fáciles y amenos como el artillero Navarrete, naturaleza tan anti-espiritista, como lo declaran sus *Crónicas de Caza*, sus *Acuarelas* de la campaña de África, ó sus ligeros é ingeniosos versos! ¡Y sin embargo, este hombre ha escrito un libro de teología espiritista, que se llama *La Fé del siglo XX*, hermano gemelo de *Tierra y Cielo*, de Juan Reynaud!

El espiritismo nunca se ha presentado en España con el modesto carácter de supersticion popular ó de física recreativa, sino con pretensiones dogmáticas y abierta hostilidad á la Iglesia; por donde viene á ser uno de los centros más eficaces de propaganda anti-católica. Así lo prueban, además de *Roma y el Evangelio*, los vários libros del vizconde de Torres Solanot, actual porta-estandarte de la escuela, y especialmente el que se rotula *El Catolicismo antes de Cristo*, plágio confesado de los delirios indianistas de Luis Jacolliot (*La Biblia en la India*), hoy condenados á la befa y al menosprecio por todos los que formalmente, y sin ligerezas de *diletante*, han escudriñado la primitiva historia del extremo Oriente.

V.—RESISTENCIA CATÓLICA Y PRINCIPALES APOLOGISTAS



LA LITERATURA católica española ha ido tomando en estos últimos años un carácter cada día más escolástico, lo cual, si por una parte es síntoma de mayor solidez y fortaleza en los estudios, y nos libra para siempre de los escollos del tradicionalismo de Donoso y del eclecticismo de Balmes, puede, en otro concepto, llevarnos á exclusivismos é intolerancias perniciosas, y á convertir en dogmas las opiniones de escuela, *máximo* si no se interpreta con alta discreción, y en el sentido más amplio, la hermosísima Enciclica *Aeterni Patris*, en que el sábio Pontífice que hoy rige la nave de San Pedro, nos ha señalado el más certero rumbo para llegar á las playas de la filosofía cristiana.

Como quiera que sea, y prescindiendo ahora de diferencias accidentales, los más ilustres apologistas modernos pertenecen á la escolástica, y de ella, casi todos, al grupo tomista. Ya queda hecha memoria del Obispo de Córdoba y de Orti Lara. Uno y otro han continuado en estos últimos años, dando muestras de lo robusto y severo de su doctrina, ya en obras didácticas de que no incumbe hablar aquí (como la *Filosofía Elemental* y la *Historia de la filosofía*, del primero, y los *Principios de la Filosofía del Derecho*, del segundo), ya en breves escritos polémicos, tales como el de Fr. Zeferino Gonzalez contra el positivismo materialista, y la refutación que hizo de las doctrinas krauso-espiritistas de Alonso Eguílaz sobre la inmortalidad del alma. Orti ha publicado innumerables artículos de crítica y controversia filosóficas en sus dos revistas *La Ciudad de Dios* y *La Ciencia Cristiana*, ha hecho una apología del Santo Oficio, y es autor de una de las refutaciones de Draper, de que se hablará luego. No es posible hacer aquí mención de todos los escolásticos de la generación nueva, ya seculares, ya regulares. Á unos los excluye de esta rapidísima enumeración el carácter expositivo de sus obras, en que sólo por incidencia cabe la refutación de las doctrinas contrarias. Otros no han publicado más que breves opúsculos, esparcidos, por la mayor parte, en las revistas de Orti. Séanos lícito, sin embargo, dedicar muy honrosa mención al Sr. Pou y Ordinas, autor de un excelente *Tratado de Derecho Natural* (Barcelona, 1877), y al elocuente orador parlamentario, campeón esforzadísimo de los derechos de la Iglesia, D. Alejandro

dro Pidal y Mon, que en estilo animado y brillantísimo ha trazado la biografía de Santo Tomás y el cuadro de su época: obra á la cual no escatimaría yo las alabanzas, si no temiese que mi entrañable cariño hácia la persona del autor hiciera sospechoso de amistad lo que en boca de otro aún sería corta justicia ¹.

Notable espectación y curiosidad despertó en todos los amantes de las ciencias filosóficas y teológicas en España, el certámen abierto, tiempo há, por la Real Academia de Ciencias Morales y Polítigas, á instancias del Marqués de Guadiaro, para premiar Memorias sobre el tema *Armonía entre la ciencia y la fé*, con el propósito y esperanza de que sirviesen de contraveneno á la obra del positivista yankee William Draper, rotulada *Conflictos entre la ciencia y la religion*, que con grande estruendo y en inusitado número de ejemplares, habia sido divulgada por los libre-pensadores, ya en su original, ya en perversas traducciones francesas, castellanas é italianas.

El éxito del tal librejo era, del todo, éxito amañado y de secta. Redúcese el volúmen á una série de retales de la *Historia de la cultura europea*, escrita años antes por el mismo Draper, tan afortunado fisiólogo y distinguido matemático como historiador infeliz, á juicio de sus mismos correligionarios. Los *Conflictos* carecen no sólo de estilo y de arte de composición y de dicción, sino hasta de método, plan y concierto. Especies desparejadas, afirmaciones gratuitas, ligerezas imperdonables en materias históricas, y desdeñosa ignorancia en ciencias especulativas, tal y como podía esperarse de un tan fogoso partidario del método experimental, y de *inducción* como único y solo, mézclanse allí en largos capítulos, donde nada sorprende ni maravilla, á no ser el portentoso desenfado del historiador, y su diabólica saña de sectario contra la Iglesia católica. Ni será temeroso afirmar que (prescindiendo del mayor conocimiento de ciencias naturales) los *Conflictos* no indican progreso alguno sobre la crítica materialista y rastrea de los volterrianos y discípulos de la *Enciclopedia*. Páginas hay en la obra del profesor norte-americano que parecen arrancadas del *Origen de los cultos*, de Dupuis, ó del *Sistema de la naturaleza*, ó de cualquiera de los *pamphlets* anti-cristianos que forjaron en comandita los tertulianos del baron de Holbach. Y aún

¹ Hoy puede contarse también entre los escolásticos, puesto que ha llegado (después de muchas evoluciones) á ser defensor acérrimo de la doctrina del *compuesto humano*, y enérgico impugnador del materialismo y del darwinismo, al originalismo fisiólogo D. José de Letamendi, tan notable por sus audacias dialécticas y por los giros en apariencia vagabundos y excéntricos de su espíritu, como por la novedad conceptuosa, brillante y personalísima de su lenguaje. Véase, sobre todo, su discurso sobre el *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*.

en materias indiferentes, es Draper guía muy poco seguro. ¿Qué decir de quien pone en la escuela de Alejandría el origen de la ciencia, dejando en olvido todo el portentoso desarrollo *ante* y *post* socrático?

Tal libro, no de vulgarización, sino de *vulgarismo* científico, en verdad que no merecía los honores de grave refutación, á no ser por el estruendo y coro de alabanzas que en torno de él levantaron los enemigos de la verdad. Pero el escándalo se produjo, y era necesario y urgente atajarlo. Dos traducciones castellanas, una del francés y otra *directamente* del inglés, aderezada con un retumbante prólogo del Sr. Salmeron, se imprimieron y se vendieron y se agotaron.

La defensa de los católicos fué valiente y generosa. Comenzó el Sr. Orti Lara divulgando, con un prólogo suyo, la breve y directa refutación del P. Cornoldi, y siguieron luego seis obras originales (hay una sétima, pero es como si no existiera, y conviene más guardar alto silencio acerca de ella).

Dos caminos se ofrecían para responder fácil y victoriosamente á las calumnias de Draper. Era el primero adoptar el método histórico, y seguir paso á paso los capítulos, párrafos é incisos del libro original, contestando á cada una de las objeciones, desbaratando cada una de las mal formadas pruebas, y rectificando cada uno de los hechos y testimonios que Draper aduce. Así lo hicieron erudita y contundentemente el P. Tomás Cámara, de la Orden de San Agustín, y el doctor D. Joaquín Rubió y Ors¹, lustre del profesorado español y de la Universidad de Barcelona.

Otro camino se presentaba: el de tomar la cuestión en abstracto, y remontándose á los primeros principios, exponer la naturaleza y las íntimas relaciones de la ciencia y la fé, refutando, ya á los que las identifican y confunden, ya á los que temerariamente quieren suponer entre ellas antinomias y conflictos. Tal fué la empresa de que salió gloriosamente el Presbítero catalán D. Antonio Comellas y Cluet (en su libro *Demostración de la armonía entre la Religión católica y la ciencia*), probando talento filosófico de primer orden, sóbrio, penetrante y preciso.

Pero el certámen de la Academia aún pedía más: debían enlazarse ambos procedimientos, y resultar de entrambos una apología completa y victoriosa de la Religión contra la falsa ciencia. A este fin responden dos libros: la *Armonía entre la ciencia y la fé*, su autor el P. Miguel Mir, de la Compañía de Jesús, y *La Ciencia y la Divina*

¹ Los supuestos conflictos entre la Religión y la ciencia ó la obra de Draper ante el tribunal del sentido común, de la razón y de la historia. (1881).

Revelación, del Sr. Orti Lara, sin contar otra apología, robusta, sabia y nutrida de doctrina, que viene publicando el jesuita P. Mendi-ve en las páginas de *La Ciencia Cristiana*.

En la prosa del P. Mir parece que revive el abundante y lácteo estilo de nuestros mejores prosistas. Sin dejar de ser didáctica, su elocuencia es animada y viva, como si quisiera persuadir y vencer á un tiempo el corazón y la inteligencia. Siempre lúcido, terso y acicalado, pero exento de relamido artificio, muévase y fluye el raudal de su frase con abundancia reposada y halagüeña. Láuro es éste de la lengua y del estilo, que el P. Mir alcanza solo ó casi solo entre nuestros escritores de asuntos filosóficos en este siglo. A todos les ha dañado más ó ménos la falta de sentido artístico, y el no haber educado su gusto y su oído con los ascéticos de la Edad de Oro.

Ni es un libro el suyo rico de frases y primores de decir y vacío de ideas, sino libro de alta filosofía, en que se agitan las más altas cuestiones que pueden ocupar al humano entendimiento. Sobremanera fácil y sencillo es el plan, y tan lógico y bien trabado, que de una mirada se abarca, y sin fatiga, antes con deleite del lector se sigue, porque no es ese aparente rigor sofístico que en muchos libros deslumbra, sino orden lúcido, que nace de la íntima esencia del asunto. Comienza por exponer lo que la ciencia es y las condiciones que ha de tener el conocimiento científico; lo que la ciencia vale en el entendimiento, y lo que ha significado en la historia; los límites de la ciencia, y la necesidad de otra luz superior, que complete lo deficiente, aclare lo oscuro, y sea criterio y norma de verdad para los principios de un orden superior, que por sus propias fuerzas no alcanza el entendimiento humano.

Salvado así con no pequeña destreza el escollo en que suelen naufragar los tradicionalistas, por apocar demasiado los límites de nuestra razón, habla el P. Mir, con elocuencia suma, de la fé y del orden sobrenatural, y de cómo influye en el natural, y cómo le realza, y cuán estrecha y amorosamente se abrazan las dos en el plan divino.

Probada la armonía de ciencia y fé, con lo cual carecen de sentido, y han de tenerse por blasfemias todo género de soñados conflictos, ni más ni ménos que la hipócrita afirmación averroista de que una cosa puede ser verdadera, segun la fé, y falsa segun la razón, procedía investigar psicológicamente el origen del susodicho fenómeno patológico de la inteligencia llamado conflicto, y el P. Mir, compitiendo con los más sutiles escudriñadores de los motivos de las

acciones humanas, ha dibujado de mano maestra el exclusivismo científico, la soberbia de los doctos, el influjo de la pasión y de la concupiscencia, y todo lo que turba y extravía la recta aplicación de las potencias del ánimo á la investigación de la verdad.

Abiertas así las zanjias de la demostración, ¿qué es lo que queda de los conflictos? ¿Cómo no han de deshacerse á modo de ligera neblina, cuando se repara que proceden, ó de una exegésis anticuada é incompleta, ó de un *diletantismo* y superficialidad científica imperdonables, ó de confundir lo cierto con lo dudoso, y dar por tésis la hipótesis, y por historia las conjeturas, ó finalmente, de la ignorancia y mala fé y depravacion de todos aquellos á quienes estorba Dios, y que de buen grado quisieran arrojarle del mundo?

El P. Mir, sin embargo, recorre toda clase de objeciones, así las físicas como las históricas, lo mismo las que pomposamente invocan el auxilio de la Geología y de la Paleontología que las que quieren basarse en la observacion de los hechos sociales. Y entre otras verdades, negadas ó desfiguradas por la falsa ciencia, saca triunfantes la de la creacion y la obra de los seis dias, y la distincion esencial de la materia y del espíritu. Con igual tacto están discutidas las modernas hipótesis relativas al origen de las especies y á la evolucion, siendo de notar que el autor no las excomulga en globo y á ciegas, ni carga á todo evolucionista con el dictado de hereje, ni niega la parte de verdad relativa que alguien pudiera encontrar en ese sistema aplicado á las especies inferiores, ni desconoce el valor de algunas de las observaciones y experiencias de Darwin. Bastaria este libro del P. Mir para demostrar á los más preocupados que la Compañía de Jesús, una de las mayores glorias de España, madre nobilísima de pensadores como Vazquez, Molina y Suarez, y de escritores de tan prodigioso estilo como Rivadeneyra y Martin de Roa, no deja de colmar de alegría y de gloria á los buenos estudios, áun en nuestros miserables dias.

Tambien el Sr. Orti Lara prescindie de Draper, y busca, lo mismo que el P. Mir, aunque por distinta senda, la raíz del árbol. Descuajada ésta, todo lo demás es consecuencia fácil y forzosa. La misma ciencia, si de buena fé procede, rectificará tarde ó temprano sus hipótesis y sus conflictos, como ya rectificó los que habia fantaseado la impiedad de la centuria pasada. Segun las épocas, toma esa enfermedad nuevas formas: hoy parece nuevo y flamante lo que mañana será ciencia atrasada y añeja; objeciones que hoy discutimos gravemente, parecerán pueriles entonces, y harán reir á nuestros

nietos, á la manera que hoy nos reimos de la exegésis bíblica de Voltaire, ó de sus opiniones sobre el diluvio y los depósitos de conchillas fósiles. ¡Pobre de quien todo lo fie de las ciencias naturales é históricas, siempre en continuo andar y en rectificacion continua! ¿Quién podrá ordenar y sustentar sus ideas sobre la base precaria, pobre y falaz de la experiencia?

¿Cuán diverso aquél cuyo razonamiento descende de verdades necesarias, de ideas puras y fundamentos *a priori!* Sólo á la luz de ellos tiene valor la experiencia: el que siga esa luz con ánimo recto y anhelo de la verdad, no se perderá en el laberinto de las observaciones y los hechos, antes los enlazará y fecundará, encontrando en ellos el reflejo y la impresion (*sigillatio*) de estas mismas primeras incommovibles verdades. A quien comprenda la imposibilidad metafísica de que ciencia y verdad anden reñidas, ¿qué ha de importarle que el hecho A ó B parezca, en el estado actual de la ciencia, contradecir esta armonía? Suspendrá su juicio, y examinándolo todo despacio y con mesura, bien pronto se convencerá de una de estas dos cosas: ó que no es artículo de fé el uno de los términos de la contradiccion, y que la Iglesia nunca le ha dado por tal, ó que el otro término no es ciencia, en el riguroso sentido de la palabra, sino *opinion* falaz y fugitiva, á la cual negaban los platónicos carta de ciudadanía en la república científica. Se invoca el testimonio de los hechos, se dá por única ciencia la ciencia experimental, como si los hechos constituyesen por sí solos ciencia; como si lo fugitivo, pasajero y mudable, pudiera comprenderlo el entendimiento de otra manera que bajo relaciones y leyes! Piedras cortadas de la cantera son los hechos, con ellas levanta sus edificios el entendimiento bien ó mal regulado. Engañoso espejismo, el de los que quieren y creen vivir sin metafísica. La misma negacion de ella es una filosofía tan *a priori* como cualquiera otra. El positivismo y el materialismo están cuajados de fórmulas y de conceptos metafísicos: *ley, nocion, fenómeno, fuerza, materia*..... ¿Quién dió á la nuda experiencia fecundidad para producir tales ideas? ¿Qué importa que neguéis la finalidad, si luego tenéis que restablecerla con otro nombre, y de un modo gratuito, anticientífico y antipositivo?

Sólo remontándose á la fuente, tiene valor irrefragable la demostracion. Si ciencia y fé proceden del mismo principio, ¿cómo no han de ser hermanas amorosísimas? Si Dios puso en el alma la luz del entendimiento, y le dió inclinacion nativa para conocer y amar la verdad, y no para abrazar el absurdo, ¿cómo no ha de tender la ra-

zon á su perfeccion y término, áun despues de oscurecida y degradada por el pecado original, cuanto más despues de regenerada é iluminada por el beneficio de Cristo? Si la razon es luz de luz, interviniendo el concurso divino en el acto de conocer nuestro entendimiento la verdad; si está signada sobre nosotros la lumbre del rostro del Señor, ¿quién osará decir que la ciencia es enemiga de la verdad suma, que la ciencia es enemiga de aquella altísima revelacion, que Dios, por un acto de infinito amor, se dignó comunicar á los hombres? Sólo los defensores de la soñada independencia y autonomía de la razon; como si la razon sin Dios y entregada á sus propias fuerzas, no fuese guia flaquísima y vacilante, y no tropezase y cayese en lo más esencial, quebrantándose y rompiéndose contra infinitas barreras. Pobre y triste cosa es la ciencia humana, cuando la luz de lo alto no la ilumina. Por todas partes límites, deficiencias, como ahora dicen, y contradicciones y nudos inextricables. Y al fin de la jornada, sed que no se sácia, y hambre que se torna más aspera, cuando cree estar más cerca de la hartura. La crítica del positivismo (hoy el único adversario sério, puesto que las escuelas idealistas alemanas yacen en general olvido ó en manifiesta decadencia) es lo que dá mayor interés al libro del Sr. Orti. En él se vé claro que el empirismo es tan enemigo del orden inteligible, como el racionalismo de todas castas y formas lo es del orden sobrenatural; que con mostrarse los positivistas tan enemigos de la metafísica del idealismo, han recibido de una escuela idealista el principio de la evolucion, materializándose groseramente; que es absurdo que una escuela nominalista acérrima y enemiga de toda entidad abstracta, hable de leyes, y mucho ménos de leyes invariables; así como es absurdo y contradictorio que, llamándose el positivismo ciencia de hechos, prescindiera de tantos y tantos no ménos reales que los físicos, y mutile tan sin razon la conciencia. Ni se contenta el Sr. Orti con impugnar en el terreno dialéctico el positivismo, sino que entra en la discusion de las modernas teorías atomísticas (no la antigua, y á veces ortodoxa filosofía de este nombre, que resucitaron y profesaron en el siglo XVI españoles tan católicos como Dolese, Gomez Pereyra y Francisco Vallés), así como del *darwinismo*, y de la flamante doctrina *monística* de la fuerza y de la vida, y de su circulacion irrestañable: todo lo cual viene á ser una metafísica tan fantasmagórica, ideal y arbitraria, como todas las demás que los positivistas ódian y menosprecian y relegan á estados inferiores de la cultura humana. Fácil es creerse en posesion de la ciencia suma, y llenar con huecas y

sonoras palabras el vacío, cuando ni siquiera se sabe explicar el más sencillo fenómeno de sensacion.

Al lado de estas generales apologias de la religion contra los incrédulos, debe hacerse memoria de otras batallas en más reducido campo. Los estudios exegéticos y escriturarios no tienen entre nosotros más que un cultivador, que yo sepa: el Sr. D. Francisco Xavier Caminero, gloria altísima del clero español. Ya queda mencionado su *Mannale Isagogicum*: ahora debe agregarse su importantísimo estudio sobre el libro de Daniel, y el prólogo á la traduccion del libro de Job, hecha directamente de la verdad hebráica. En uno y otro, el Sr. Caminero rompe lanzas con Renan, considerándole como el vulgarizador más extendido de las conclusiones de la escuela de Tübinga. Pero la obra más sábia, profunda y trascendental del Sr. Caminero, es sin duda su hermoso libro de *La Divinidad de Jesucristo ante las escuelas racionalistas* (1878), uno de los pocos frutos de la cultura española, que podemos presentar sin vergüenza á los extraños. Hoy es, y quizá España ignora todavía que de su seno ha salido la mejor impugnacion del libro de Albert Réville sobre la Divinidad de Jesús, y de sus opiniones contra la autenticidad del cuarto Evangelio.

Pero Caminero no es sólo escriturario, sino controversista filosófico de grandes alientos. Poco escolástico, más bien inclinado al tradicionalismo (al mitigado del P. Ventura, se entiende, no al de Bonald, que hoy ningun católico patrocina), ha preferido siempre á la exposicion didáctica de su propio sentir, la polémica contra el racionalismo, en la cual ninguno de los nuestros le lleva ventaja. Fuera de algunos resabios de su escuela (v. gr., cierta manía de zaherir y tener en poco el impulso inicial de la razon, y un empeño no menor de dar por clave de todo, la tradicion y la enseñanza), son modelo de controversia filosófica los *Estudios krausistas* (que el Sr. Caminero publicó en la *Revista de España* y en la *Defensa de la Sociedad*), y su saladísima rechiffa del catecismo de los materialistas de escalera abajo, el libro *Fuerza y materia* del Dr. Büchner.

Los estudios orientales, cuyos resultados son hoy manzana de discordia entre racionalistas y católicos, tampoco alcanzan representacion, buena ni mala, entre nosotros. Apenas puede hacerse mencion del libro *La India Cristiana*, en que el P. Gual, de la Orden de San Francisco, refutó las absurdas novelas de Jacolliot, no sin caer en otras tesis no ménos atrasadas y contrarias á la verdad histórica, empañándose en no reconocer la autenticidad indisputable de ciertos

